



PETER BURKE

Cultura
popular en la
Europa
moderna

TERCERA EDICIÓN ACTUALIZADA

ALIANZA EDITORIAL

Peter Burke

Cultura popular en la Europa moderna

Tercera edición actualizada

Traducción de: Antonio Feros y Sandra Chaparro

Índice

Agradecimientos

Prólogo

Introducción a la tercera edición

Primera parte. En busca de la cultura popular

1. El descubrimiento del pueblo
2. Unidad y diversidad en la cultura popular
3. Un filón inaccesible

Segunda parte. Estructuras de la cultura popular

4. La transmisión de la cultura popular
5. Las formas tradicionales
6. Héroes, villanos y bufones
7. El mundo del carnaval

Tercera parte. Cambios en la cultura popular

8. El triunfo de la cuaresma. La reforma de la cultura popular
9. Cultura popular y cambio social

Apéndice I

Apéndice II

Bibliografía

Archivo fotográfico

Créditos

*Qui dit le peuple dit
plus d'une chose: c'est
une vaste espression, et
l'on s'étonneroit de voir
ce qu'elle embrasse, et
jusques où elle s'étend.*

La Bruyère, *Les caractères*,
París, 1688, «Des Grands».

AGRADECIMIENTOS

A lo largo de la elaboración de este libro, he contraído más deudas de lo habitual. Agradezco a la British Academy la concesión de la beca de intercambio que me permitió entrevistar a especialistas y visitar museos en Noruega y Suecia y a la Universidad de Sussex que me relevara de mis obligaciones durante dos trimestres y asumiera los gastos de mecanografía. Ruth Finnegan de la Open University y mis colegas de Sussex, Peter Abbs, Peter France, Robin Milner-Gulland, John Roselli y Stephen Yeo, han sido muy amables comentando borradores de todo el libro o partes de él. En mis incursiones por su territorio recibí la ayuda de varios profesores escandinavos, sobre todo de Maj Nodermann en Estocolmo, Marta Hoffmann en Oslo y Peter Anger en Bergen. Asimismo, estoy muy agradecido a numerosos historiadores británicos por haberme facilitado diversas referencias o contestado a mis preguntas. Alan Macfarlane me dio la oportunidad de exponer las ideas recogidas en el capítulo 7 a un animado grupo de antropólogos sociales e historiadores reunidos en el King's College de Cambridge. Presenté una primera versión del capítulo 3 en una conferencia celebrada en la Universidad de East Anglia en 1973 y publicada en C. Bigsby (ed.): *Approaches to Popular Culture*, 1976; agradezco a Edward Arnold Ltd. la concesión del permiso necesario para poder incluirla en este libro. También me gustaría dar las gracias a Margaret Spufford por sus comentarios sobre el manuscrito.

Durante las tres décadas que llevo leyendo y trabajando sobre la cultura popular he revisado este libro dos veces y he contraído muchas deudas. Quisiera mencionar expresa-

mente a un persona y cuatro conferencias. Tanto el ensayo de Tim Harris titulado «Problematizar la cultura popular» como las conferencias celebradas en Matrafured, Hungría, en 1984, en la J. N. University de Delhi en 1988, en la Universidad de Essex en 1991 y en la Universidad de Sussex en 2007, me han ayudado mucho en mis reflexiones sobre el concepto central del presente volumen, me dieron nuevas ideas y me ayudaron a corregir otras.

Nota: Un libro de estas características está, inevitablemente, repleto de nombres y términos técnicos. El lector encontrará en el índice analítico breves biografías de las personas mencionadas en el texto y un glosario de términos. Hemos transcrito de forma abreviada muchas de las referencias incluidas en las notas. Los datos completos se recogen en la bibliografía final. Mientras no se indique lo contrario, las traducciones de los textos son mías.

PRÓLOGO

El propósito de este libro es describir e interpretar la cultura popular de la Europa moderna. «Cultura» es un término impreciso con muchas definiciones, desde «redes de significados» hasta «prácticas y representaciones». Hay especialistas que opinan que estaríamos mejor sin él. Aquí optamos por definir a la cultura como un «sistema de significados, actitudes y valores compartidos, así como de las formas simbólicas a través de las cuales se expresa o en las que se encarna»¹. En este sentido, la cultura es parte de un modo de vida pero no se identifica plenamente con él.

Con respecto a la cultura popular, parece preferible definirla inicialmente en sentido negativo como la cultura no oficial, la cultura de los grupos que no formaban parte de la élite, las «clases subordinadas» como las denominara el marxista italiano Antonio Gramsci². En el caso de la Europa moderna, estas clases estaban formadas por una multitud de grupos sociales, más o menos definidos, de entre los que cabe destacar a los artesanos y los campesinos. De ahí que usemos la expresión «artesanos o campesinos» (o «gente corriente») para referirnos de forma sucinta al conjunto de grupos que no formaban parte de la élite, incluyendo mujeres, niños, pastores, marineros, mendigos u otros (en el capítulo 2 se habla de las variaciones culturales en el seno de estos grupos).

Para descubrir las actitudes y valores de artesanos y campesinos debemos modificar el tipo de aproximación tradicional a la historia cultural, desarrollada por autores como Jacob Burckhardt, Aby Warburg y Johan Huizinga, y to-

mar prestados conceptos y métodos propios de otras disciplinas. De entre todas ellas, lo más natural en nuestro caso es pedir prestados conceptos al folclore (actualmente denominado «etnología»), en la medida en que los folcloristas se interesan por el «pueblo», las tradiciones orales y los rituales. Los especialistas en el folclore europeo han estudiado muchos de los temas tratados en este libro³ y los especialistas en crítica literaria, con su insistencia sobre las convenciones de los géneros literarios y su sensibilidad hacia el lenguaje, han elaborado una imagen que el historiador de la cultura no puede obviar⁴. A pesar de las diferencias evidentes entre las culturas azande o bororo y los artesanos de Florencia o los campesinos del Languedoc, los historiadores de la Europa preindustrial pueden aprender mucho de los antropólogos sociales. En primer lugar, estos quieren comprender la totalidad de una sociedad extraña en sus propios términos, mientras que los historiadores han tendido, hasta hace muy poco, a centrar su interés en las clases dirigentes. En segundo lugar, los antropólogos no se limitan a descubrir el punto de vista del actor respecto de su propia acción, sino que también analizan las funciones sociales de los mitos, las imágenes o los rituales⁵.

El arco cronológico de este libro abarca de 1500 a 1800. En otras palabras, corresponde a lo que los historiadores denominan «Edad Moderna», aunque muchos rechacen su modernidad. El área geográfica analizada comprende la totalidad de Europa, desde Noruega hasta Sicilia y de Irlanda a los Urales. Estos límites, temporales y geográficos, requieren algunas explicaciones.

Concebido originalmente como un estudio regional, este libro se fue transformando en una síntesis. Si tenemos en cuenta la amplitud del tema estudiado, parece evidente que no es posible darle un tratamiento exhaustivo. El libro consta de un conjunto de nueve ensayos interrelacionados que versan sobre algunos temas generales, es decir, sobre

el código de la cultura popular más que sobre los mensajes individuales. Lo que se presenta es una descripción simplificada de las constantes y tendencias más importantes. La elección de un tema de estudio tan amplio plantea numerosos inconvenientes, siendo el más obvio que nada se puede estudiar detalladamente o en profundidad. Esto obliga a ser impresionista, a renunciar a prometedoras aproximaciones cuantitativas, entre otras cosas porque, dada la extensión espacial y temporal, las fuentes no son lo suficientemente homogéneas como para poder ser analizadas desde esta perspectiva⁶. Sin embargo, algunos de estos inconvenientes se compensan con diversas ventajas. En la historia de la cultura popular aparecen problemas recurrentes que deben analizarse a un nivel más general que el de una región: problemas de definición, explicaciones de los cambios y, el más evidente de todos, la importancia y límites de las propias diferencias regionales. Cuando los estudios locales han resaltado oportunamente estas variaciones, nuestra intención ha sido complementaria; pretendíamos ensamblar los distintos fragmentos y presentarlos como un todo, como un sistema compuesto por partes afines. Espero que este pequeño mapa de un territorio tan vasto ayude a orientar a futuros exploradores, pero también lo he escrito pensando en el lector no especializado. Un estudio sobre la cultura popular nunca debe ser esotérico.

Los trescientos años comprendidos entre 1500 y 1800, los siglos mejor documentados de la Europa preindustrial, parecen un período lo suficientemente largo como para reconocer las tendencias menos evidentes. En este largo período de tiempo, la imprenta socavó la cultura oral más tradicional; de ahí que nos haya parecido apropiado comenzar el estudio cuando los primeros grabados y libros de cuentos populares estaban saliendo de las prensas. El libro concluye a finales del siglo XVIII debido a los enormes cambios culturales provocados por la industrialización en torno a

1800, aunque estos no afectasen de forma uniforme a toda Europa. Tras la industrialización, tenemos que hacer un considerable esfuerzo de imaginación antes de adentrarnos tanto como podamos en los valores y actitudes de los artesanos y campesinos de la Europa moderna. Para ello, tendríamos que olvidar el papel desempeñado por la televisión, la radio y el cine, que han estandarizado en nuestra memoria el lenguaje europeo, sin mencionar otros cambios menos claros pero, posiblemente, más profundos. Tendríamos que olvidarnos del ferrocarril que, con toda seguridad, ha contribuido a erosionar las peculiaridades culturales de cada provincia y a integrar a las regiones en las naciones más que el servicio militar obligatorio o la propaganda gubernamental. Tendríamos que olvidar la educación y la alfabetización universales, la conciencia de clase y el nacionalismo. Habría que prescindir de la actual confianza que depositamos (pese a los altibajos) en el progreso, la ciencia y la tecnología, así como de las formas seculares a través de las cuales hemos expresado nuestras esperanzas y miedos. Debemos hacer todo esto (y mucho más) para reencontrar el «mundo cultural que hemos perdido».

Habrá quien considere que este trabajo es un intento de síntesis prematuro, pero esperamos que nadie llegue a esa conclusión antes de examinar la bibliografía. Es verdad que la cultura popular solo empezó a interesar a los historiadores en las décadas de 1960 y 1970, gracias a trabajos como los de Julio Caro Baroja sobre España, los de Robert Mandrou y Natalie Davis sobre Francia, los de Carlo Ginzburg sobre Italia o los de Edward Thompson y Keith Thomas sobre Inglaterra. Sin embargo, es un tema de estudio tradicional. Ha habido generaciones de folcloristas alemanes con mentalidad histórica, como Wolfgang Brückner, Gerhard Heilfurth u Otto Clemen⁷. En la década de 1920 uno de los mejores historiadores noruegos, Halvdan Koht, se interesó por la cultura popular. A comienzos de siglo, los miembros de la escuela finesa de folcloristas, especialmente Kaarle

Krohn y Anti Aame, se centraron en la relación entre folclore e historia. A finales del siglo XIX, eminentes estudiosos de la cultura popular, como Giuseppe Pitre en Sicilia y Theofilo Braga en Portugal, recopilaron testimonios que nos remontan al descubrimiento del pueblo por parte los intelectuales de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. El capítulo 1 está dedicado a este movimiento.

[1](#) Sobre las muchas definiciones de cultura, A. L. Kroeber y C. Kluckhohn, *Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions* (1952), nueva ed., Nueva York, 1963. Sobre las «redes», Clifford Geertz, *The Interpretation of Culture*, Nueva York, 1973; sobre las prácticas, Roger Chartier, *Cultural History: between practices and representations*, Cambridge, 1988; sobre los argumentos en contra del término, véase Adam Kuper, *Culture: the Anthropologists' Account*, Cambridge, Mass., 1999.

[2](#) A. Gramsci, «Osservazioni sul folklore», en *Opere*, 6, Turín, 1950, pp. 215 y ss.

[3](#) Véase en la bibliografía final G. Cocchiara, A. Dundes, A. van Gennep, G. Ortutay, etc.

[4](#) Véase en la bibliografía final M. Bajtin, C. Baskervill, D. Fowler, A. Friedman, Kolve, M. Lüthi, etc.

[5](#) Particularmente provechosos para los resultados alcanzados en este libro han sido los trabajos de G. Foster, C. Geertz, M. Gluckman, C. Lévi-Strauss, R. Redfield, V. Turner y E. Wolf.

[6](#) Aproximaciones cuantitativas muy afortunadas en este campo en Bolleme (1969) y Svardstrom (1949), sobre los almanaques franceses y las pinturas suecas, respectivamente.

[7](#) Un breve resumen sobre la relación entre historia y folclore en Burke (2004).

INTRODUCCIÓN

A LA TERCERA EDICIÓN

Desde que se publicó este estudio general en 1978, hace ya treinta años, han sucedido muchas cosas en el mundo en general y en el académico en particular. Se han dado multitud de conferencias sobre la historia de la cultura popular en las universidades y se han publicado muchos trabajos, sobre todo durante la década de 1980 y a principios de la de 1990. En Francia, Gran Bretaña, Alemania, Polonia y Europa en su conjunto se han dedicado a la historia de la cultura popular no solo monografías, sino también extensas colecciones de artículos⁸.

Todos estos estudios han arrojado luz sobre muchos detalles. Si elegimos un ejemplo al azar, veremos que se han dedicado dos artículos a un tópico al que apenas dediqué unas líneas en el capítulo 6: el papel desempeñado por el almirante Vernon como héroe popular de la Inglaterra del siglo XVIII⁹. A finales de la década de 1970 no estaba en condiciones de decir todo lo que me hubiera gustado sobre la cultura popular de Europa del Este, debido a mi desconocimiento de las lenguas locales. Sin embargo, recientes estudios alemanes o ingleses nos han facilitado esta tarea. Hoy contamos, por ejemplo, con una monografía reciente sobre el carnaval y un volumen sobre los usos a la hora de beber de los artesanos locales de las ciudades de Livonia escrito por un académico estonio¹⁰.

Al poner al día esta tercera edición, empecé repasando la bibliografía para incluir los estudios publicados tras 1994. Para ello hube de modificar las notas a pie, de modo que incluyeran las referencias al nuevo material (no se han elimi-

nado las antiguas, de manera que no falta nada en esta edición que apareciera en anteriores). Al revisar las notas se me ocurrió que también podía echar un vistazo al texto, añadir ejemplos nuevos, concretar generalizaciones o plantear nuevas preguntas desde el marco original.

En los años que han transcurrido desde la primera edición de este libro, han pasado a un primer plano muchos temas relacionados con la cultura popular. En el ámbito de la religión, por ejemplo, se ha completado la voluminosa literatura ya existente sobre el catolicismo y el protestantismo con estudios sobre el judaísmo popular¹¹. Los estudios de género resultan especialmente importantes. Son escasos (en comparación con, por ejemplo, los estudios dedicados a los hábitos laborales de las mujeres), pero cubren una de las lagunas a las que nos referíamos en la primera edición de este libro (p. 93), sobre todo en los ámbitos de la religión y la medicina. Se han estudiado, por ejemplo, muchos registros judiciales en busca de menciones a poderes sobrenaturales transmitidos de madres a hijas o de tías a sobrinas¹².

Entretanto, historiadores de otras partes del mundo descubrían la cultura popular o, mejor dicho, algunos de ellos, que habían reaccionado con suspicacia en un primer momento, acabaron reconociendo que el concepto de cultura popular podía serles de utilidad en su trabajo¹³. El elevado número de estudios de este tipo publicados desde finales de los años setenta, permite suponer que los tiempos estaban maduros para este enfoque histórico concreto que ha ido perdiendo fuerza en Europa a lo largo de la última década.

En el caso de África, al menos del África subsahariana, no es frecuente la realización de estudios centrados en la cultura popular, lo que no quiere decir que no existan. Pensemos, por ejemplo, en la literatura popular nigeriana del siglo xx, que muestra inquietantes similitudes con nuestra

literatura de cordel renacentista (*infra*, p. 63) y plasma normas de conducta ayudando a los lectores en su esfuerzo por superarse a través de la movilidad social¹⁴. Los especialistas también se han interesado por la historia de la cultura popular híbrida del Caribe, tan viva hoy en día, sobre todo tras los estudios pioneros del sociólogo cubano Fernando Ortiz, de Alejo Carpentier y del poeta jamaicano Kemal Brathwaite¹⁵.

También en Brasil se han publicado diversos estudios sobre la historia de la cultura popular de los siglos XIX y XX, en lo que tal vez fuera una reacción histórica a la importancia mundial que se concede a formas de cultura contemporáneas como el carnaval o las telenovelas. La hibridización que se da entre la cultura africana y la europea en fiestas como el carnaval o las prácticas religiosas no-oficiales es un tema importante y no solo en el caso del Caribe. Se ha analizado la literatura de cordel con sus grabados, denominados localmente *folhetos*, y su venta callejera de la mano de cantantes o en mercados y calles¹⁶. Existen abundantes estudios sobre la cultura popular latinoamericana; un historiador ha llegado incluso a publicar una historia de América Latina en el siglo XIX centrada en torno al conflicto entre la cultura de la élite occidentalizante y las tradiciones populares, mucho más arraigadas en aquellas regiones¹⁷.

Los historiadores del mundo islámico descubrieron la cultura popular algo más tarde que sus colegas de otras regiones, si bien se han publicado algunos análisis interesantes, unos centrados en El Cairo y otros en el Imperio otomano¹⁸. Hasta el momento existen muchos más estudios centrados en lejano oriente que en Oriente Medio. Hubo un tiempo en que los historiadores de Japón analizaron la cultura popular de la era Tokugawa (1600-1868), tal vez debido al interés a nivel internacional suscitado por las formas contemporáneas de la cultura japonesa, desde el karaoke hasta el manga¹⁹. Los historiadores de China, sobre todo

los que estudian su literatura, han adoptado este enfoque y debaten, por ejemplo, sobre el descubrimiento, en 1967, de versiones impresas del siglo xv de canciones populares o *chantefables* en la tumba de una familia de la nobleza terrateniente. Este descubrimiento ilustra tanto la interacción entre oralidad e imprenta como el interés que mostraban las clases superiores hacia la cultura «popular», similar al que se daba en el caso de la Europa renacentista²⁰.

En el sur de Asia se realizó un hallazgo importante en la década de 1980. Surgió el grupo de «estudios subalternos» (así denominado en honor de los *classi subalterni* de Gramsci de los que hablaremos en el capítulo 1). Este grupo ha reescrito la historia de la India «desde abajo», algo parecido a lo que hiciera el *History Workshop* de Gran Bretaña. En una era de globalización como la nuestra, su obra ha adquirido resonancia internacional inspirando proyectos paralelos desde Irlanda a América Latina²¹. Han aparecido, asimismo, los primeros estudios de cultura popular del sudeste asiático. Tratan sobre todo de aspectos religiosos en relación con las protestas de la Filipinas del siglo xix, del «asalto» de los europeos a la cultura tradicional de la Indonesia colonial o de la interacción entre cultura popular y cultura de élite en el Vietnam tradicional²².

Este creciente interés hacia la cultura popular no se restringe exclusivamente a los historiadores. Hace ya tiempo que lo comparten sociólogos, folcloristas, musicólogos y estudiantes de literatura, a los que se han sumado recientemente historiadores del arte y antropólogos, por no hablar de los que imparten docencia en ese ámbito tan laxo denominado en Gran Bretaña «estudios culturales». Entre todos han generado un impresionante cuerpo de información como debería demostrar la bibliografía incluida en este volumen en la que las contribuciones de los historiadores no son ni mucho menos mayoritarias.